

definitivamente, “morigerados”. Yo no había oído nunca esa palabra. La verdad es que muchas de las palabras que me dijo Nino, en aquella época, las oía por primera vez. Como casi siempre, Nino acertaba de lleno... pero era la admonición de quien tiene la mano de hierro en guante de terciopelo. De todos modos, seguía ejerciendo su particular pedagogía libertaria.

Creo que Nino era la única persona en Ciudad Real que sabía, por ejemplo, qué era un traje de Savile Row. Y lo vestía, o al menos lo parecía. Y era, además, cuando alrededor, la caspa caciquil de la sociedad bien del pueblo, iba siendo sustituida por la estética progre del nuevo “establishment” democrático. La verdad es que estábamos rodeados de barbas, greñas y trenkas con coderas. Y yo no sé cuántos más horrores de la modernidad que venía con gran desconcierto. También todavía había señoras de collares, funcionarios atildados, curas de sotana y militares sin graduación. Así que, una especie de anarquista, filósofo, escritor y artista, vestido impecablemente, no era tanto una paradoja, como una provocación, a todos. Pero era también un manifiesto y una señal (de tráfico). Digamos que a algunos de nosotros nos servía de referencia. Valía de indicador para sortear algunas cuestiones que nos preocupaban. Política, arte, filosofía, ética y, sobre todo, la cuestión crucial, que debatíamos intensamente, sobre las virtudes de escribir con una pluma Montblanc, por supuesto, con tinta morada. Esto sucedía, y lo puedo contar, en el bar Ideal, en la churrería La Gran Vía, en un banco del parque de Gasset, en la tienda de Carmen, La Ratita Presumida, o en las reuniones del TEAV.

A mí me servía mucho y, la verdad sea dicha, no sólo las palabras o los conceptos o las teorías estéticas; sobre todo, la curiosidad por todas las cosas que sabía que existían más allá de nuestra ciudad. Estas cosas definitivamente nos iluminaban sobre estas otras cercanas con las que peleábamos dentro. Nino fue el primero que me habló en serio de Descartes; no mis profesores. También de la tendencia de “línea clara” del cómic francés o belga y, que en España, practicaban pocos: Nino y sus amigos José Ramón Sánchez o Miguel Calatayud. Me contaba de su experiencia en el taller Esdrújulo de Madrid. Yo nunca había visto nada de Diseño Gráfico contemporáneo, hasta que me dejó un ejemplar del Graphis que le mandaban de Nueva York y me habló de un tal Milton Glaser o de un tal Cruz Novillo. Me animaba a dejar la obra única y dedicarme al Diseño. Me contó que eso podía ser una profesión más allá y con mayor proyección social que la entelequia del mundo de los artistas de caballete. Luchamos por eso y por otras cosas: por el Museo Provincial, por el Colegio Universitario, por una ciudad digna... ¡Y éste era del que se decía que era ácrata, misántropo y antisocial! Dibujaba, siempre, y enseñaba a dibujar. Hacía ilustraciones para libros infantiles. Escribía libros, muchos, y hablaba. También quería mucho a Ciudad Real y conocía muy



profundamente su historia y sus tradiciones; no el espantajo en que la habían convertido los prebostes del tardo-franquismo local. Me hizo un pequeño dibujo, para mi libro de poemas “Pequeña senda de poniente”, de una misteriosa casa que había en La Poblachuela y sobre la cual, los días de tormenta, se cernían en lo alto las bandadas de vencejos. Yo no sabía entonces que alguien así pudiera morir... ■

**Miguel Ángel Mila**  
25 de octubre de 2010